

15 de Junio de 1909.

Año VI. N.º 131.

Redacción y Administración: Calle de Campomanes, 10, entr.º Apartado en Correos n.º 445.

LO QUE SON LAS MUJERES

La mujer en el banquillo.

¡Líbrenos Dios de una mujer perversa, porque su maldad reduce á polvo la perversidad del hombre!

Las mismas mujeres lo dicen: la mujer mala es peor que un dolor de corazón mezclado con un dolor de muelas...; pero yo pienso para mí, y conmigo pensarán los que piensen como yo, que si hay mujeres malas en el mundo, hay muchas, muchísimas buenas.

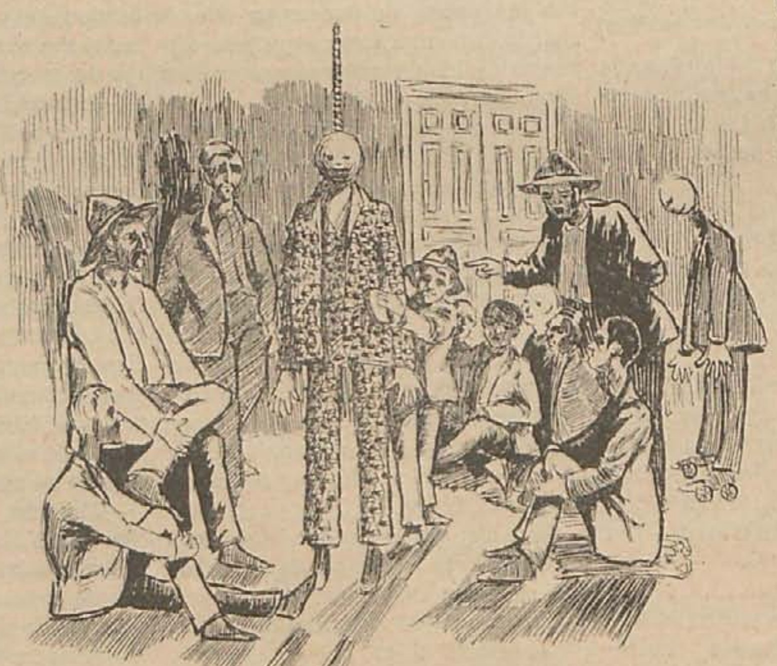
Todos y todas podemos, por lo menos, señalar una mujer buena: *nuestra madre;* tan buena, que para todos la mejor mujer es la madre propia.

Tengo enfrente de mis ojos un mundo de aforismos y pensamientos acerca de la mujer expuestos en toda clase de tonos, y, entre ellos, los que más han herido mi imaginación son los de los Padres Santos.

Yo no me explico, leyéndolos, cómo se deslizaron de plumas sabias horrores tan grandes como los salidos de las santas plumas; y no me lo explico, porque si muchos llegaron á ser santos, fué debido al poderoso influjo de la mujer en sus ánimos. ¿En dónde estará el misterio?

¿Es que los admirados santos, que no han tenido palabras en sus bocas para ensalzar á la sin par María, al hablar mal de las mujeres en sus sentencias, éstas se encaminaron sólo á execrar á la mujer mala? ¿Es que la conocen más á fondo que los demás mortales?

Y si fué así, ¿por qué no separaron á la buena en vez de envolverla con la mala en una misma sentencia?



En El Cairo se ha descubierto una escuela de ladrones y de asesinos. Profesores conocedores del arte de robar, ejercitaban á muchachos sobre un maniquí provisto de abundantes campanillas á sustraer objetos de modo que no sonara ninguna. Los aprovechados profesores, con sus discípulos, fueron puestos á buen recaudo.

De otro lado, ¿no fué la Iglesia de Cristo, sus santos, los que dignificaron y emanciparon á la mujer levantándola de la antigua esclavitud y abyección?

«Si la Iglesia católica no se hubiese opuesto como un muro de bronce al desbordamiento de la voluptuosidad—dice un escritor—, los palacios de los príncipes y los castillos de los señores se habrían visto como un serrallo ó un harem, y siguiendo por la misma corriente que las demás clases, quedara la mujer europea en el mismo abatimiento que la mujer musulmana.»

Esto lo confirma la ilustre escritora condesa de Pardo Bazán, cuando nos dice que «los castillos señoriales no solían ser nidos de tórtolas, sino de buitres», al hablarnos de la sierva moza y hermosa.

Isabel Cheix, en su estudio titulado *La ilustración de la mujer,* dice, confirmando lo dicho:

«En los antiguos pueblos, en las sabias repúblicas que dictaban leyes á

todo el orbe conocido, ¿qué aprecio se hizo de la mujer? ¿Qué suerte le cupo en sus ostentosos triunfos? Esclava, envilecida, no tuvo el trono del hogar ni el derecho de la familia; *fué estimada sólo como una cosa* de tanto más valor cuanto su mayor exuberancia de vida y de salud podía ofrecer más robustos hijos á aquellas generaciones de héroes y tiranos; es decir, que de todos los derechos que Dios y la naturaleza le habían concedido, sólo le quedó el de ser madre, y esto porque no era dado al hombre arrebatársele como los demás».

Es así que la Iglesia y sus santos son los redentores de la esclava, de la mujer, pues, lo repito, me confundo de cada vez más cuando leo estas cosas y no acabo de penetrar *el porqué* del horror que se embebe en las citas que voy á apuntar referentes á la media naranja de nuestro ser.

Y dicen los Padres:

La mujer juzgada por los santos.

—Día llegará en que los hombres se subirán á los árboles huyendo de las mujeres.—*San Antonio Abad.*

—La mujer es el pecado.—*San Agustín.*

—Las mujeres son el instrumento del diablo.—*San Bernardo.*

—Las mujeres tienen el veneno del áspid y la malignidad del dragón.—*San Crisóstomo y San Gregorio el Grande.*

—Para hablar mal de la mujer no es menester deshonrosos epítetos, basta decir *mujer*.—Una mujer buena es más rara que un ave fénix.—*San Jerónimo.*

—Cuando oigo hablar de una mujer, huyo de ella como de una víbora.—*San Pedro* (1).

....

Pasando de los santos á los mortales, veamos cómo se las entienden y contradicen, pensando en la mujer, un buen golpe de celebridades con cabeza y seso.

La mujer juzgada por filósofos, guerreros, literatos y poetas.

Y dicen estos respetables señores:

—La naturaleza sólo hace mujeres cuando no puede hacer hombres.—*Aristóteles.*

—La felicidad del género humano depende de la mujer, en todos los sentidos que se quieran dar á esta palabra. *De la Bretonne.*

—Los hombres son causa de que las mujeres no se amen.—*La Bruyere.*

—Estas hermosas criaturas mienten con tal gracia, que nada las sienta mejor que la mentira.—*Byron.*

—Las bellas escriben sus juramentos en el soplo de los vientos ó en la superficie de las olas.—*Cátulo.*

—Rota á pedazos la cadena de la esclavitud, la mujer, á quien los antiguos filósofos y poetas llenaron de dicterios y casi le negaron tener alma, se ha llegado á convertir poco menos que en ángel.—*Cuesta Sáinz.*

—Sólo á los hombres enseñamos la moral y pedimos buenas costumbres á las mujeres.—*Desmonstiers.*

—Las mujeres son coquetas como son hermosas, sin pensar en ello, y cuando sólo aman á uno, es preciso dispensarlas de que quieran parecer bien á todo el mundo.—*Dupoty.*

—Terrible es la violencia del mar alborotado, terrible el fuego, terrible el torbellino de los torrentes, terrible la miseria, terribles otros mil azotes; mas nada como la mujer.—*Eurípides.*

—Una corte sin mujeres es un año sin primavera, y una primavera sin flores.—*Francisco I.*

—¿Queréis conocer bien á una mujer? Figuráos un monstruo pequeño y hermoso que encanta á la vista y que choca á la razón, que agrada y repugna, que es ángel por fuera y arpía por dentro.—*Gherardi.*

—En una mujer es donde se debe aprender todo lo que puede haber de sublime en un alma humana.

¡Cuántas mujeres virtuosas son esposas insoportables!

Las mujeres reinan donde la decencia reina, y nada son donde domina la licencia. Interrogad á los dos sexos: el hombre tiende á la licencia; la mujer al respeto, los buenos usos y costumbres. *Gœthe.*

—Desde que la mujer se ha convertido en un objeto de lujo, se ve uno obligado á consultar su fortuna antes de hacer el gasto.—*Gozlan.*

—La mujer es el dije más bello y precioso sacado del guardajoyas de Dios, para adorno y gloria del mundo. *Guyard.*

—La mujer tiene por naturaleza el instinto del ministerio; la gusta encubrirse y no descubre nunca más que una mitad de sus gracias y de sus pensamientos; se la puede adivinar, pero no conocer. Como madre y como virgen, está llena de secretos; fué formada para la virtud y el sentimiento más misterioso, el pudor y el amor.—*Chateaubriand.*

—Si juntáis la cabeza de una leona, la lengua de una serpiente, los ojos de un basilisco, el genio de un gato, la destreza de un mono, las inclinaciones nocturnas de un buho, la brillantez del sol y los cambios de la luna y envolvéis todo en una piel muy blanca, añadiéndole brazos, cuerpo y piernas, obtendréis una mujer completa.—*Chesterfield.*

—El Dios cuya cólera estalla sobre nuestras cabezas, creó á la mujer para endulzar nuestras penas, para compartir nuestros trabajos, y con frecuencia, dándonos el mal por el bien, la mujer se convierte en manantial de dolores para los desgraciados mortales.—*Hesiodo.*

—Las mujeres se quejan de que imponemos límites muy estrechos á su inteligencia; es verdad que las queremos más amables que sabias. Hermosas y ligeras como mariposas, no queremos dejarlas volar sobre las flores. Todo lo que pueda fatigarlas nos asusta. La metafísica nos parece muy obscura para ellas, la historia demasiado severa, las ciencias muy áridas. Sólo quizás á Voltaire le parecía muy bien el compás en manos de Emilia.—*Julien.*

—Todo el bien que hay en mi alma es obra de mi madre.—*Kant.*

—Mujeres, ángeles mortales, creación divina, único rayo con que se embellece un momento la vida.—En el origen de todas las grandes cosas hay siempre una mujer.—*Lamartine.*

—A las mujeres les es más difícil dominar sus coqueterías que sus pasiones.—*Larochefoucauld.*

—Las mujeres tienen el color y el perfume de la rosa, la limpidez y pureza del cristal... y, sobre todo, su fragilidad.—*Lope de Vega.*

—El milagro más grande del amor es curar la coquetería. Las mujeres no serían lo que son si los hombres fuesen lo que deben ser.—*Loret.*

—El diablo duerme más cerca de mi mujer que yo.—*Lutero.*

—¡Oh mujer! qué soplo divino purificó tus formas, te dió la sonrisa y puso

(1) Citas tomadas del capítulo VIII del trabajo premiado y titulado *La mujer rehabilitada por María*, del periodista católico é inspirado poeta D. Antonio de la Cuesta Sáinz (1904), y del artículo *La mujer ante los hombres*, publicado en el *Eco de Orense* (23 de Diciembre de 1907).

en tus labios la savia que da la vida y el veneno que mata!—*Marchangy.*

—La mujer es un bello defecto de la naturaleza.—*Milton.*

—Es una cosa muy chocante el bello sexo. Prefiere consumirse en pie, á decir francamente lo que tiene dentro del alma.—*Mowinsky.*

—Una mujer hermosa agrada á los ojos, una mujer buena agrada al corazón; la primera es un dije, la segunda un tesoro.—*Napoleón I.*

—La mujer nos da la vida, nos acompaña en la vida y nos cierra los ojos. Santa y dulce trilogia. Madre, esposa ó hija, la mujer es siempre nuestro ángel de la guarda.—*Oscar de Poli.*

—Las mujeres van á los espectáculos públicos, no tanto por ver como porque las vean.—*Ovidio.*

—La mujer tiene menos virtud que el hombre.—*Platón.*

—No hay crimen que no pueda cometer una mujer.—*Plauto.*

—El hombre no es ni puede ser sino lo que la mujer quiera; y si se quiere que los hombres sean grandes y virtuosos, edúquese á la mujer en lo que consiste la grandeza y la virtud. — *Rousseau.*

—La mujer es más amarga que la muerte.—*Salomón.*

—La mujer es un manjar digno de los dioses cuando no lo guisa el diablo.—¡Fragilidad! tienes nombre de mujer.—*Shakspeare.*

—He aquí el carácter de las mujeres: Si deseáis una cosa, ellas no la desean; si desistís, entonces la quieren ellas.—*Terencio.*

—La mujer es la humanidad vista por su lado tranquilo: la mujer es el hogar, es el centro de todos los suaves pensamientos. Es el tierno consuelo de una voz inocente en medio de todo lo que nos rodea, nos irrita ó nos arrastra. La mujer es el diablo más perfeccionado. *Victor Hugo.*

—Nada hay más grande en el mundo que la mujer.—*Voltaire.*

Ahora, respiremos un momento, y para atar este lío, leamos lo que las mujeres piensan de su propio sexo.

Y dicen ellas:

Las mujeres juzgadas por las mujeres.

—Las mujeres no desempeñan papel alguno en el mundo, á no ser por la vanidad, la intriga ó el ridículo.—*Madame d'Arconville.*

—El cielo no nos hizo nacer á nosotras, las mujeres, para gobernar á los humanos, pero sí para endulzarlos, agradarles y darles, no preceptos ni volúmenes, sino días de felicidad, ejemplos de virtud. — *Madame de Beauharnais.*

—Algunos espíritus extraviados hablan á la mujer de emancipación absoluta, de derechos políticos, de rehabilitación social, y esto es sacudir los cimientos del hogar doméstico, hacerla un ser indefinible, sin la energía del hombre y con sus ambiciones y delirios; ser ridículo, por no decir odioso, y que llegaría á formar un conjunto despreciable.

....

La mujer, cumpliendo sus deberes, educará bien á los que sabrán defenderlos mejor que pudiera hacerlo ella misma.—*Isabel Cheix.*

—Las mujeres se pierden muchas veces más por imprudencias que por verdaderas faltas.—*Ninon de l'Enclos.*

—Una mujer admira á otra exhalando un *¡ay!—Madame Simiane.*

—Las mujeres hacen generalmente de la confidencia la primera necesidad de la amistad, y esto sólo es una consecuencia del amor. — *Madame de Stael.*

—De los vicios ó de las virtudes de las mujeres depende la desgracia ó la gloria de su nación. — *Madame Elisa de Voiart.*

—*Sátira latina.*—Para terminar, dijo un latino, á quien no he tenido el gusto de conocer:

—*¿Qué hay más ligero que la pluma? El polvo.*

—*¿Y que el polvo? El viento.*

—*¿Y que el viento? La mujer.*

—*¿Y que la mujer? Nada.*

....

....

Y añade Cuesta Sáinz, metiéndose en el corazoncito de la mujer, para que no nos quede nada por tocar:

«Realmente, el corazón de la mujer es, como dice un escritor, una charada que tiene muchas soluciones; es un abismo donde nadie ha podido encontrar fondo. *En él pueden anidar las más sublimes virtudes y los crímenes más detestables.* ¡Como es tan grande...!

»Así lo afirmó uno de nuestros clásicos:

Es la mujer del hombre lo más bueno;
Es la mujer del hombre lo más malo.

»Es... ya lo hemos dicho: lo que los hombres quieren que sea.»

Sí, señor, eso es; ni más, ni menos.

Si los hombres fueran de cristal, ¡cuántos misterios descubrirían sus entrañas...!

Y dicho todo esto, allá se las entiendan las mujeres con santos y con diablos; por mi parte, no me remuerde el pecado de haber tijereteado á unos y á otros: así nos conocemos todos.

FRANCIA

Los sueldos de los gendarmes.

Las modificaciones anunciadas para los sueldos de la gendarmería han sido definitivamente aprobadas por los ministros de la Guerra y Marina.

Las nuevas tarifas no serán aplicadas más que en cuatro años; pero de aquí á este límite, el sueldo irá constantemente en aumento.

Un gendarme, antes del 8.° año de servicio, cobrará 1.332 francos en 1909, 1.393 francos en 1910, 1.454 francos en 1911 y 1.515 francos en 1912.

Después de ocho años y antes de los doce, aumentarán los sueldos; el equivalente á nuestros comandantes de puestos, antes del 8.° año de servicio percibirá 1.770, 1.808, 1.865 y 1.911 francos como sueldos correspondientes á los anteriormente citados.

Después de los doce años, el gendarme cobrará 1.420, 1.476, 1.523 y 1.369 francos; el comandante de puesto, 1.854, 1901, 1.947 y 1.994 francos.

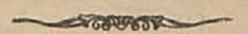
El detalle de los sueldos figura en el *Diario Oficial* del día 28 de Mayo.

EXPERIENCIAS DE TIRO DESDE GLOBOS

Un periódico de Londres da cuenta de las experiencias de tiro desde globos, que se han efectuado en la explanada de Salisbury.

Dos globos, enviados por la manufactura militar de Aldershot, sirvieron de blancos. En pocos minutos los dos aerostatos fueron acribillados por los disparos de los obuses, y no tardaron en caer al suelo.

El más absoluto secreto se guarda acerca de estas experiencias.



EDUARDO VII

Arbitro de la elegancia y árbitro del mundo.

Sesenta años de príncipe.

El día 8 de Noviembre de 1841, la ciudad de Londres, que ya esperaba con la natural impaciencia el alumbramiento de la reina Victoria, sintió retumbar el cañón anunciando el fausto acontecimiento. La salva se hacía interminable; por fin cesó cuando hubieron sonado ciento un cañonazos. Había, pues, nacido un príncipe y con él se aseguraba la sucesión de la corona de Inglaterra.

Aquel recién nacido era el mismo que más tarde había de ostentar los títulos de duque de Rothesay, príncipe de Gales, conde de Chester, de Carrick y de Dublín, barón de Redfray y, por último, á los sesenta años de su nacimiento, los de rey de Inglaterra y emperador de las Indias, bajo el nombre de Eduardo VII.

La infancia de este príncipe, nacido entre los esplendores de uno de los tronos más poderosos de la tierra, deslizóse en apacible calma, únicamente alterada por las tristezas producidas por la muerte de su padre el príncipe Alberto. Apenas entró en el período de la adolescencia empezó á gozar las deliciosas esplendideces de su posición brillante y su simpática gentileza.

Aunque educado como príncipe, y príncipe de su excepcional rango, no lo fué como heredero. Era su augusta madre tan celosa de sus prerrogativas y derechos, que jamás permitió que al que había de ser su sucesor se le iniciara en los complejos conocimientos y prácticas de la dirección de los negocios públicos. Libre, por tanto, su voluntad para inclinarse de parte de aquellos conocimientos que más halagaban sus juveniles entusiasmos, desdeñó, de ordinario, las profesiones militares de mar y tierra, que sólo aceptaba en lo que en su ejercicio tenían de sportivas, mostrando decidida vocación por las bellas letras, la música y la pintura.



Con motivo de los sucesos de Turquía se han desarrollado sucesos interesantes, que merecen ser conocidos de nuestros lectores. Nuestro grabado representa una conducción de prisioneros revolucionarios.

De esto nació su dilettantismo, que le hacía ocuparse de todo menos de los asuntos de Estado; y esto le llevó á pasar frecuentes y largas temporadas en el extranjero, en los balnearios y, especialmente en París, ciudad que llegó á conocer como el más práctico de los *boulevardiers*, sin que ignorara absolutamente nada ni de sus fiestas, ni de su lengua, ni de sus costumbres, ni de su argot.

En este género de vida aprendió á conocer á los hombres y á juzgar á su pueblo entre dos copas de Champagne, así como á comprender sus cualidades y sus defectos, sin que en su juicio influyera para nada el orgullo de la estirpe real.

Prototipo de la elegancia y adorador del *sport*, era, sin embargo, llano, corriente y despreocupado en su trato con las gentes. Gambetta escribía al día siguiente de hablar con el príncipe por primera vez:

«Yo creí encontrar un aristócrata engolfado en los prejuicios nobiliarios. Nada de esto; resulta tan republicano como yo.»

No por todo esto dejaba de ser profundamente inglés. A pesar de todos sus entusiasmos, conservaba en el fondo de su corazón su flema británica, su frialdad metódica; la sola idea de la responsabilidad que algún día tendría que asumir, llevábale á fugaces brusquedades, que rara vez duraban largo tiempo.

Una anécdota. — La única cerilla.

De la importancia que para el príncipe de Gales tenía la responsabilidad, puede dar idea la siguiente curiosa anécdota:

Un día, viajando por el Canadá, acompañado de su escolta, lejos de todo lugar habitado, echaron pie á tierra él y sus acompañantes para descansar de la fatiga de la larga jornada.

El príncipe, gran fumador, sacó un cigarro y distribuyó otros entre los que le acompañaban, mas cuando llegó el momento de encenderlo se apercibió de que no tenía cerillas. Recurrió á los demás, pero ninguno las tenía tampoco. Sólo los fumadores pueden apreciar la contrariedad de estos hombres condenada á no poder encender sus cigarros, teniendo aún por delante diez kilómetros que recorrer. De pronto uno exclamó:

—¡Salvados...! ¡Yo tengo una cerilla! ¡Aquí está!

Y la mostraba orgulloso elevando la mano que la aprisionaba, y añadió con súbito desaliento:

—¡Pero no tengo más que una!

— No la enciendas—le replicó otro—. Pudieras no saberla encender, y si se apagara todo se habría perdido. Lo mejor será que la encienda aquel á quien designe la suerte.

Aprobada la idea por todos, se verificó el sorteo. La suerte designó al príncipe de Gales. Este tomó la cerilla, la restregó con infinitas precauciones contra su tacón, la protegió entre sus manos, inclinó sobre éstas la cabeza y, momentos después, una pequeña columna de humo se elevó en el espacio.

—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra! ¡Estamos sal-

vados! ¡Ya tenemos fuego! ¡Ya podemos fumar!—exclamaron todos.

Fueron encendiendo sus cigarros y el viaje pudo reanudarse, yendo todos satisfechos.

Recordando esta escena, decía algún tiempo después el príncipe á un familiar:

—Aquel fué el momento más crítico y quizá más amargo de mi vida, porque fué cuando tuve más plena conciencia de mi responsabilidad.

Árbitro de la elegancia.

Esta anécdota, tomada al azar entre las muchas que de él se cuentan, deja entrever la mentalidad de Eduardo VII. Estaba todo el mundo habituado á no ver en él más que al hombre de mundo, al árbitro de la elegancia, el único que, mejor que el príncipe de Sagan, *ponía la moda*. Este hombre grueso, de barba blanquecina, de ojos soñadores, estaba apreciado, no por su valor político, en el cual nadie quería creer, sino por la forma de sus sombreros, el pliegue de sus pantalones y las solapas de sus chalecos. No podía considerarse en su país más que como un príncipe elegante, y procuró serlo en el más alto grado, para que, aun en este concepto, nadie pudiera superarle.

Y ostentaba, á la vez, su elegancia con tal naturalidad, tal distinguida despreocupación, que antes bien parecía parisién que británico.

—El príncipe olvida—decía á este propósito uno de sus amigos—que es lo que, en su caso, ninguna otra persona olvidaría.

Esta encantadora vida del príncipe de Gales duró sin alteración sensible hasta el año 1900, en que, por virtud de los deseos de la reina Victoria, que presentía la proximidad de su muerte, fué impuesto por el Foreing Office en todas las arduas y complejas cuestiones de la gobernación del Estado.

Árbitro del mundo.

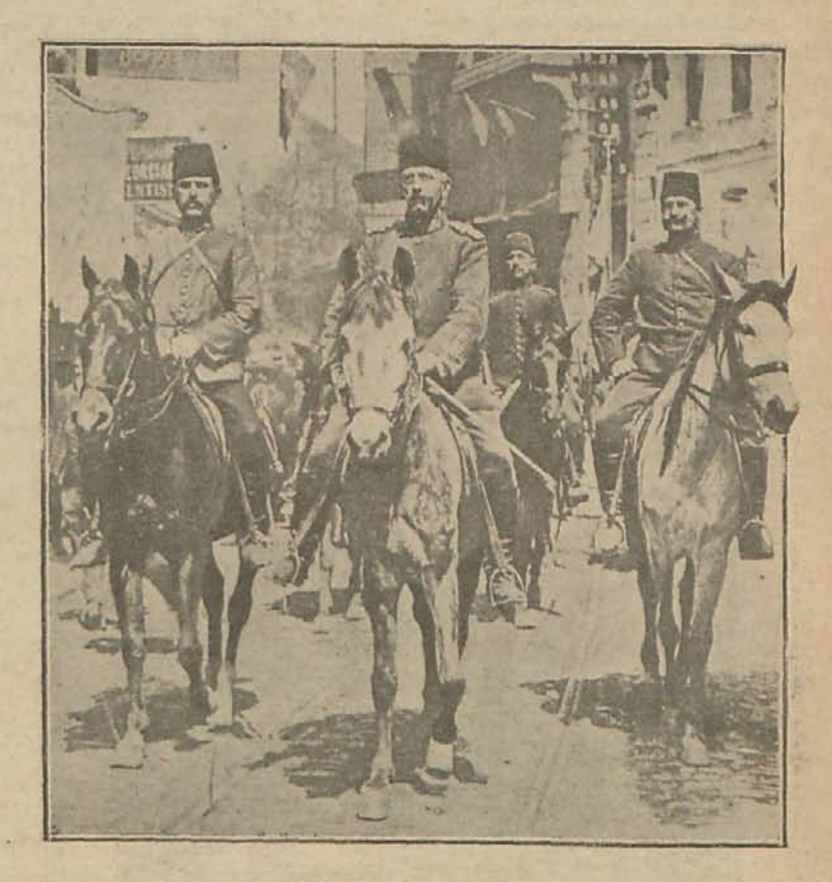
El 22 de Enero de 1901 murió la reina Victoria, cuyo largo reinado tan provechoso fué á la nación británica; al día siguiente, en el palacio de Saint-James, el príncipe de Gales fué proclamado rey, no con el nombre de Alberto, que era el suyo verdadero, sino con el de Eduardo VII, considerando, según sus propias palabras, que no debía haber en el trono de Inglaterra más que un Alberto: su ilustre padre. Esta preferencia, por lo puramente inglés multiplicó su popularidad.

El árbitro de la elegancia cedió desde aquel día su puesto al monarca más grave y reflexivo, que se convirtió en el árbitro del mundo, haciendo pesar su influencia y sus iniciativas en las graves y complicadas cuestiones internacionales que caracterizan la política universal de estos últimos años.

Habían llegado á decir los ingleses que la Gran Bretaña, protegida por su cintura de dinero, no necesitaba de una fuerte organización militar, bastándole su poder naval para hacer sentir el influjo de su comercio en todos los países del mundo. Sus aristócratas, sus grandes industriales y comerciantes aveníanse mal con un sistema militar, convencidos de que el dinero es el nervio de la guerra.

No participó Eduardo VII de esta opinión, y apenas ocupó el trono encamináronse todos sus esfuerzos á demostrar que la cintura de dinero debía reforzarse con otra cintura de alianzas que pusiera en poder de Inglaterra la llave del movimiento internacional. Y, en efecto, en pocos años logró Eduardo VII tener á su devoción á Portugal, España, Francia, Italia, Turquía y Rusia en Europa, además de contar con el Egipto, la Persia, la China, el Japón y los Estados Unidos en las demás partes del mundo. Así ha logrado aislar á Alemania y asegurar la paz, fomentando á la vez el poder, la prosperidad y la grandeza del Reino Unido.

Por último, ya hemos visto cómo, en los breves años que Eduardo VII lleva de reinado, la opinión inglesa ha reaccionado en cuanto al problema militar. Inglaterra poseerá un poderoso ejército permanente y una perfecta organización sobre la base del servicio militar obligatorio. Así el monarca británico que, en tanto fué príncipe de Gales fué el árbitro de la elegancia, va poco á poco, desde que es rey de Inglaterra, convirtiéndose en árbitro absoluto de la política mundial y en el más poderoso y envidiable de los soberanos de la tierra.



Con motivo de la revolución de Turquía se ha destacado notablemente la varonil figura del general Chefket-Pachá, que tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores.

DATOS ELOCUENTES

La generación presente, que sólo habla de europeizarse, achacando el estado actual de nuestra España á causas diversas por los que pretenden explicar el retraso que en la marcha de la civilización parece que llevamos, y que en realidad no es tan grande como se supone, conviene que se repasen unas cuantas fechas que á continuación insertamos y que quizás no estén grabadas cual debieran en su memoria, pues ellas solas, con elocuencia soberana, bastan y aun sobran para explicar nuestro más fingido que real decaimiento.

Siempre nuestro país en estado constituyente, sin afianzarse gobierno alguno á través de lo azaroso de los tiempos, lo que maravilla y demuestra las virtudes y pujanza de esta raza, es que podamos vivir como hoy libres, felices é independientes, sin haber desaparecido del mapa europeo como nación al embate de nuestras eternas discordias interiores.

No hablemos por hoy de guerras, pronunciamientos, revoluciones y asonadas; limitémonos á reseñar tan sólo las formas de gobierno y encontraremos, que durante los últimos cien años *sólo* hubo en España, debido á las ambiciones y veleidades de los hombres políticos, las siguientes transformaciones en el régimen de gobierno:

Monarquía absoluta de Carlos IV, 1788.

Abdicación en Fernando VII, 1808.

Otra vez Carlos IV, 1808.

Renuncia en favor de Bonaparte-José, rey de España, 1808.

Regencia y Constitución liberal en nombre de Fernando VII, 1812.

Fernando VII, rey absoluto, 1814.

Fernando VII, rey constitucional, 1820.

Fernando VII, otra vez rey absoluto, 1823.

Isabel II, con la regencia de Cristina, 1833.

Isabel II, regencia de Espartero, 1840.

Isabel II, mayor de edad, 1843.

Revolución de Septiembre y caída de Isabel II, 1868.

Amadeo, monarquía democrática, 1870.

República y caída de Amadeo, 1873.

Alfonso XII, rey constitucional, 1874.

Regencia de D.ª María Cristina, 1885.

Alfonso XIII, regencia de D.ª María Cristina, 1866.

Alfonso XIII, mayor de edad, 1902.

Por lo mismo que no es lógico hablar de arte al mozo de cuerda, ni de filosofía al barrendero, ni de literatura á la criada, tampoco es oportuno hablar de sensibilidad á las solteronas.

STOESSEL Y NEBOGATOFF

El general Stoessel y el almirante Nebogatoff han sido puestos en libertad con motivo del aniversario del nacimiento de Nicolás II.

Los dos estaban detenidos en la fortaleza de San Pedro y San Pablo, y ambos estaban delicados de salud á consecuencia del tiempo que llevaban de prisión.



El general Stoessel, rendido en Puerto Arturo, en el momento de salir de su prisión.

Jniciativa japonesa.

Según refiere un importante periódico inglés, todas las naves construídas el año último en Shepherd's Bush por la Exposición franco-británica, serán ocupadas el año próximo por una Exposición japonesa.

El príncipe Arturo de Connaught, que fué encargado de llevar al Mikado las insignias de la orden de la Jarretiera, ha aceptado la presidencia honoraria de la empresa, y los dos Gobiernos han prometido su concurso moral y económico.

El Parlamento japonés ha votado con este objeto importantes créditos. Se ha constituído en Tokío un Comité de preparación bajo la presidencia del barón Oura, ministro de Agricultura.

El comisario general del Japón será M. Ykojiro Wada.

La biblioteca de Guillermo II.

Las tendencias del emperador Guillermo, favorables al militarismo, no impiden que en su biblioteca se conserven obras de los literatos más notables.

La importancia de su biblioteca la pone en condiciones de figurar entre las más notables y nutridas del mundo, rivalizando, por el número de sus volúmenes, con las mejores colecciones públicas.

Comprende cinco secciones: obras militares, relativas á la Marina arqueológicas, de arquitectura y literarias. Estas obras tratan de todo lo importante que se produce en todos los países.

Cada volumen tiene un *ex-libris* especial, que determina á simple vista la materia de que trata el volumen, y que consiste en una hoja de 35 centímetros cuadrados, con la cual figuran en los armarios imperiales con esmaltes, metales, herrajes y ornamentos exteriores variados.

CHASCARILLO

Gedeón anuncia á su mujer que va á pasar dos días de caza con unos amigos.

Se lleva su morral, sus cartuchos y su perro; pero se le olvida la escopeta.

Regresa nuestro hombre á las cuarenta y ocho horas.

—¿Y la escopeta? —le pregunta su esposa.

—¡Calla! Ya decía yo mientras cazaba: ¡A tí te falta algo!

EL DISCO ROJO

Anécdota de Cromwell.

El carácter de Cromwell era duro y severo é inquebrantable. Poseído de su talento, no permitía que nadie se opusiera á sus órdenes, castigando fuertemente al que se atreviese á desobedecerle.

Sin embargo, hubo una ocasión en que, cediendo á los impulsos del sentimiento, tuvo que reformar la crueldad de sus mandatos en obsequio á la ternura angelical de una niña.

Relataremos el caso, por considerar que encierra en su moraleja un hermoso ejemplo de piedad, adornado con tintes dramáticos.

El coronel Mayfair era el jefe más joven del ejército. Contaba treinta años de edad y había tomado parte en muchos sangrientos combates, captándose, por los rasgos de valor y la dulzura de su trato, la apreciación de todos los compañeros.

Cuando lo presentamos á nuestros lectores, tenía el semblante triste y se hallaba bajo el peso de una negra preocupación, sentado al lado de su esposa.

Su mujer, una hermosa joven de veinticinco años, le miraba amargamente, con los ojos bañados en llanto y sin atreverse á romper el silencio de aquella noche lluviosa de invierno.

El matrimonio sólo tenía una hija, llamada Abby, encantadora niña de siete años, que era la alegría del hogar y el encanto de cuantas personas la trataban. Era rubia y con la carilla redonda. Sus bellos ojos azules animaban el semblante con su mirada dulce é inteligente.

—Cesa de llorar — díjole Mayfair á su compañera—. Va á entrar la pequeña y quiero evitar que se entere de nuestra desgracia.

Pocos instantes después asomó la niña su linda cabecita de muñeca, y dijo bromeando:

—¿Quieren los señores darme un beso antes de acostarme?

Conmovido el padre, la besó y abrazó con pasión repetidas veces.

La madre ocultó un torrente de lágrimas, mientras padre é hija se abrazaban.

—No aprietes tanto, papá — dijo la niña con suave acento —, que me haces daños y me despeinas.

—¿Me perdonas? — añadió el padre.

—Según y conforme.

—Veamos las condiciones.

—Me tienes que referir un cuento.

—¡Pero hija!—interrumpió la madre.

—Ah, y un cuento que tenga visos de sucedido.

—Serás complacida, y allá va mi cuento, que es muy triste y tiene bastante de historia... Pues, señor... había tres coroneles que cometieron una falta de disciplina en un combate. El general les mandó fingir á los tres un ataque á una fortaleza para desorientar á los enemigos mientras el resto del ejército se retiraba ordenadamente. Entusiasmados los coroneles ante el peligro, acometieron con tal ardor la empresa que se les confiara, que el enemigo desalojó rápidamente la posición, y lo que llevaba trazas de ser un espantoso desastre se convirtió, por obra de los valerosos coroneles, en victoria.

Ordenó el general que se le presentaran, y luego de felicitarles por sus rasgos de valor, les mandó á Londres, donde fueron juzgados en consejo de guerra por haber desobedecido sus órdenes.

—¿Y qué más? — interrogó con ansiedad la niña.

—Pues que fueron sentenciados á muerte.

—¡Qué malo es el consejo!

Al ver Abby que la madre secaba una lágrima, le preguntó:

—¿Por qué lloras, mamá? ¿Porque les condenaron á muerte? Verás como no les matan. Acaba el cuento, papá, que estoy impaciente por conocer el final. ¿Conoces tú á los tres coroneles?

—Sí, vida mía; sí.

—Yo también quisiera conocerlos — añadió Abby —, para tener el gusto de besarles. ¿Se alegrarían ellos de que les besara?

—Uno, por lo menos, sí — contestó Mayfair—. Dámelo á mí, y hazte cuenta de que le has besado.

La niña besó afectuosa á su padre, diciéndole:

—Toma, toma y toma; para los tres. Si yo les conociera, les decía: mi papá también es coronel y valiente, y si se hubiera visto en el caso de ustedes, habría hecho seguramente lo mismo.

En la habitación se presentó un oficial, acompañado de varios gendarmes.

—¿Estáis dispuesto? — interrogó el oficial.

—Cuando gustéis — contestó Mayfair.

Se despidió de su esposa é hija, besándolas con emoción, y al salir oyó á Abby que le preguntaba si iba á ver á los coroneles prisioneros.

—Sí, hija mía; voy á verlos al cuartel.

Cuando salió el coronel de su casa, la esposa cayó abatida en un diván, llorando desconsoladamente.

—No llores, mamá — dijo Abby —. Ya verás cómo los perdonan.

***

Al siguiente día, la esposa de Mayfair no pudo abandonar el lecho; tenía una fiebre altísima y deliraba continuamente.

La niña, que no se separó un instante de su madre, creyó prudente avisar á su padre de la enfermedad.

En el cuarto de oficiales estaban reunidos los jueces.

Uno de ellos dijo al lord general que se les había notificado á los prisioneros la necesidad de que indicasen cuál de los tres había de morir, y los tres se negaron rotundamente á ello.

Cromwell frunció el ceño y ordenó que se les encerrara en un cuarto contiguo, alineándoles, con la cara á la pared y la mano á la espalda.

Después mandó á un oficial que saliera á la calle para recoger al primer niño que encontrase.

Pocos minutos más tarde entró el oficial conduciendo de la mano á la preciosa Abby, que se dirigía al cuartel para enterar á Mayfair de la enfermedad de su esposa.

Al ver la niña á Cronwell, le dijo:

—¿Es usted? Yo le conozco á usted mucho, porque le veo pasar por mi casa montado á caballo.

Cromwell sonrió.

—¿Qué — agregó la rubita —, se ha olvidado usted de mí?

—Ni te olvido, ni te olvidaré jamás. Eres el vivo retrato de una hija mía que murió cuando tenía tu edad. Era la reina de la casa; ella mandaba y yo obedecía.

—Entonces — dijo Abby —, si le parezco tanto como dices, también me obedecerás á mí, ¿verdad?

Encantado Cromwell de la graciosa desenvoltura de la pequeña, le respondió:

—Naturalmente, y te lo probará este privilegio que te concedo. Te daré dos besos: el primero para ella y el segundo para ti. Así es que tú representas á mi querida hija, y puedes mandar lo que gustes, que te obedeceré.

Redoblaron en el patio los tambores, y la niña pidió ver á los prisioneros.

El lord general dió á la niña tres discos de cera, uno de ellos rojo, que indicaba á la persona que había de morir.

—¡Qué bonita es esta rueda encarnada! — dijo la niña al tener los discos en la mano.

—Atiende bien—añadió Cromwell—. En ese cuarto hay tres hombres con la mano á la espalda. Entras y colocas esos discos en las manos que tienen tendidas.

—Voy allá, pero antes debes decirme para qué sirven estos tres discos.

Cromwell no respondió, limitándose á repetir la orden á Abby.

Al entrar la niña en el cuarto vió á su padre por la espalda, y poniéndole el disco rojo en la mano, dijo para sí:

—Este que es el más bonito para mi papá.

Mayfair vió el disco de la muerte, y con la tez densamente lívida, sólo pudo decir:

—¡Pobre hija mía!

Todos los que presenciaron la escena quedaron profundamente conmovidos.

A los pocos momentos un oficial decía al oído de Mayfair:

—¡Vamos, mi coronel, esto es espantoso, pero el deber...!

—Ya os sigo — dijo con voz débil el coronel.

—Vamos, papá — añadió la niña —, Mamá está enferma y he venido para que vayas á acompañarla.

—No puede ser, vida mía. Yo tengo que quedarme.

Oir esto Abby y coger de la mano á Cromwell, fué cosa rápida.

—Oye, general. Papá no quiere venir á casa, y mamá está la pobrecita enferma. Mándale que venga.

—¿Pero ese es tu padre?

—Anda... pues ya lo creo. O mandas tú que venga, ó se lo ordeno yo.

Cromwell miró con insistencia al coronel y pareció que dudaba un momento.

Impaciente Abby, le dijo al general:

—¿No decías que yo mandaba y tú obedecías? Pues se acabó; yo mando que venga mi padre á casa.

Estas palabras acabaron de decidir á Cromwell.

—Tienes razón. Tú mandas y aquí han de obedecerte todos. Soldados, la niña habla en justicia. Cuanto ella manda, lo manda el jefe. ¡Presenten armas! ¡Queda en libertad el prisionero!

Nuestros sorteos de regalos.

En el correspondiente al día 31 de Mayo han resultado favorecidos los señores siguientes: D. Bartolomé Gómez Sánchez, Bélmez de la Moraleda (Jaén), y D. José Blanco Durán, Muchamiel (Alicante). Como de costumbre, se les han enviado los correspondientes regalos.

ITALIA

Un diputado ha denunciado ante el Parlamento pretendidos escándalos ocurridos en la Guardia real, y enterado el rey de la denuncia ha mandado abrir una información para depurar los hechos denunciados.

Parece ser que en los mismos cuarteles que dentro del Quirinal ocupan las fuerzas de la Guardia real, se dedicaban éstas á practicar peligrosos ejercicios de equitación, ofrecidos como pintoresco espectáculo (y no gratuito), á ricos turistas extranjeros, y que en el curso de ellos bastantes soldados de los que toman parte en tales ejercicios han sufrido heridas de consideración, rotura de miembros, conmociones por caídas, etc. Además, con tales ejercicios, en los que se exige trabajos extraordinarios á los caballos, se inutilizan muchos que luego hay que venderá bajo precio, como desecho, con perjuicio de la remonta del Estado.

El precio de las fieras.

No hay cosa más variable que el precio de las fieras, lo cual indica que la adquisición de una *ménagerie* no es obra accesible á los esfuerzos de un padre de familia.

La colección de fieras de M. Sostock estaba valorada en 100.000 francos, y al deshacerse de ellas, por medio de venta pública, ha obtenido una suma bastante inferior á la que satisfizo para adquirirla.

A continuación insertamos los precios que alcanzaron los mejores ejemplares de la colección:

	Francos.
Un cinocéfalo de gran altura	370
Un león marino de California	525
Cecil, el león más hermoso de los que constituían la *ménagerie*	2.995
Una leona con dos leoncitos	1.858
Tres leones	7.500
Dos tigres	1.855
Cuatro leones cachorros	5.381
Un gran elefante indio de diez y siete años	6.694

Estos precios son considerablemente pequeños comparados con los que tienen los animales domesticados que exhiben los domadores en los circos.

Viaducto notable.

En Puente de Piedras, á 7 kilómetros de Bellegarde, se está construyendo un viaducto de obra de albañilería, destinado á facilitar el paso del ferrocarril eléctrico de Bellegarde á Chezery.

El viaducto consta de un solo arco de 80 metros de diámetro. La altura del tablero por encima del agua es de 65 metros y su volumen excede de 600 metros cubicos.

El montaje presentó grandes dificultades, que han sido satisfactoriamente salvadas. El levantamiento del arco de bóveda se ha hecho en cuarenta y nueve días,

MADRID. - Imp. de los Hijos de R. Alvarez, á cargo de M. Alvarez, Ronda de Atocha, 15.